

¡Bon Vivan...co!

— ¡Válgame Dios! ¡Parece mentira lo que está pasando! Si á mí me dijeran que mañana por ejemplo el presidente había alquilado el primer piso de la casa donde yo vivo y se venía allí para gobernar, hoy mismo me mudaba. Antes que estar cerca del primer magistrado y de los ocho ministros, preferiría irme al conventillo de los Cuatro Diques.

Porque á mí me gusta la tranquilidad. Hasta los domésticos que yo tengo, son obedientes, respetuosos y callados. Hacen su trabajo y punto en boca. La cocinera guisa muy bien y no canta ni si quiera al fregar los platos. El mucamo barre, limpia el polvo, va y viene y no silba nunca. En mi casa no se oye una voz más alta que otra. Ejemplo: yo no puedo gritar aunque quiera. Desde que me operaron la garganta, quitándome una cuerda vocal, donde se me había hecho un nudo, no sale de mí nada vibrante, nada más que el estilo literario, así es que tengo que hablar en tono confidencial á todo el mundo, y cuando me enfado con alguien, tengo que decirle en secreto las malas palabras que se me ocurren.

Yo no quiero bochínches, ni ruidos. ¿Qué iba á ser de mí, con la vecindad de estos gobernantes tan escandalosos?

En los veintidós meses que lleva de vice en ejercicio, Alcorta, ¿cuántas crisis le conocemos? Ha hecho treinta y una y no se planta. Al contrario, ya se está pasando.

No hay reposo, ni nada, cuando ocurre la desgracia de tener un vecino así. Es más terrible que una señorita con piano y aficionada á la cría de canarios en jaulas.

Yo que vengo consagrando los penúltimos años de mi vida á escribir artículos, con tal de que me los paguen, tarea para la cual se requiere mucho silencio y aun así suelen salir mal hechos y como á tiente, mientras cobro, en cuanto Alcorta se mudara al primer piso, yo que ocupo el segundo, me vería obligado á trabajar encima del gobierno. ¡Si al menos se estuviera quieto! Pero, ¡dígaselo usted al azogue, que tal vez hará más caso!

Un día cuando yo estuviera redondeando un párrafo con la pluma en la mano derecha y en la izquierda un cigarrillo, de pronto ¡zás! bajo mis pies, resonaría una carcajada. Luego la voz del ilustre cordobés, como un canto... y otra carcajada.

— ¡Maneco!

— ¡Já! ¡já! ¡já!

— Pero, ¿qué es eso? — preguntaría yo ¡infeliz de mí!

— ¿A quién le están haciendo cosquillas?

Tocaría el timbre. Vendría el mucamo.

— Baje usted á enterarse. Y dígasle á esos señores que si es broma puede pasar.

— ¡No! ¡no es broma! Es una crisis.

— ¡Histérica!



— No sé si será histórica. Yo me he enterado asomándome por la ventana de la cocina. Es que se va uno.

— ¿Quién?

— El señorito Montes de Oca.

— ¡Va más contento! Ya se ha metido en el ascensor para descender.

— ¿Solo?

— Con unas castañuelas! ¡Que lástima! Crea usted que se pierde de la alegría de la casa.

— Con tal de que haya paz.

— ¿Que si quieres! Al poco tiempo ¡cataplum! Otra trifulca.

— Entra mi sirviente, azorado:

— ¡Señor! ¡Lobos! ¡Lobos! ¡Lobos!

— Dirás ratones.

¿Cómo va á haber lobos en la casa?

— No es eso. Es que se va el doctor Lobos.

— Perc Alcorta no grita ahora tanto como la otra vez.

— No está hecho una oveja. Pasan más días; ¡no muchos! Estoy escribiendo para P.B.T. No se oye más que el rasguear de la pluma. Otra cosa es con guitarra. Otro rasguear. De improviso ¡zás! ¡cataplum! ¡chin! ¡chin!

Me siento generoso y presto atención.

Voz de Alcorta—Ese dicho que te han dicho, que han dicho que he dicho yo, no lo he dicho, que si yo lo hubiera dicho, estaría muy bien dicho, por haberlo dicho yo.

Voz de Vivanco—¡Mentís!

Alcorta—Arrogante mozo está.

Vivanco— Toda la arrogancia es mía.

Voz de Alcorta—¡Vivanco, la lengua ten!

Otra voz airada— ¡Señores presidentes!

La del de la República— ¡Sal de aquí! ¡Sal! ¡Sal! ¡Sal!

La del de la Educación—Estás hecho un vinagre. ¡Me ne vado! Pero mi salida es por el pie.

La del testigo—Es una salida de pie de vivanco.

Se callan. Vuelve el silencio. Dura veinticuatro horas. Se oye un ruido.

— ¿Qué es esto, Dios santo? ¿Quién se va ahora?

— Babilonia — contesta el mucamo.

— ¡Ah, tigre!

En resumen. Esto sería vivir en una Babilonia.

Sin contar con los bochínches que arma ahora con Ugarte, sobre si debe crecer ó quedarse como está, que vienen á ser unos tres centímetros más que Terry con botas de tacos Luis XV.

— Yo no permito — dice Alcorta — que usted se levante muy alto.

— Pues yo — contesta Marcelino — me levantaré siempre que quiera y á mí nadie me hace la cama.

Total. Prefiero el vecino que tengo. Un dentista que debe sacar las muelas sin dolor, porque no se oye ni un grito.

EL DEL VERDE GABAN.

